

LA CRISIS DE UNO DE LOS PILARES DE LA CIVILIZACIÓN MODERNA

Sesión 11: Nuevos planteamientos de la ruptura y la transformación social

Seminario doctorado 2016-1: Bases materiales para la superación del capitalismo

Temas:

¿El trabajo puede ser resignificado y ser parte de las prácticas emancipatorias?

1) *Trabajo y civilización*

El trabajo moderno, aquel que convierte al cuerpo humano en fuerza productiva que puede ser vendida como mercancía (dislocando todo orden conocido de existencia, ya que en esta forma moderna el cuerpo se metamorfosea en cosa: es un cuerpo que se posee, los humanos ya no son un cuerpo sino tienen un cuerpo), es una de las condiciones de posibilidad de la civilización material capitalista. El trabajo, junto con las otras mercancías ficticias del capitalismo: la tierra y el dinero, además de funciones estrictamente económicas cumple funciones civilizatorias. El trabajo abstracto no puede entenderse sin la correlativa abstracción del dinero y la reificación de los entornos no humanos.

El trabajo, además de una dimensión económica, esconde un mandato ético, un llamado a comportarse de “manera correcta”. Trabajar es una de las fantasmagorías más exitosas de la modernidad, no sólo porque se ha vendido como la única fuente de riqueza social, sino porque expresa el avance civilizatorio: el control del cuerpo, de sus potencias, la organización instrumental del tiempo y el espacio. El reino del trabajo muerto es una locura metafísica convertida en realidad (Holloway), que produce existencias vacías que no saben qué hacer sin trabajo, expresando toda falta de voluntad y poder de decisión sobre los contenidos y destinos de la vida colectiva. El sujeto del trabajo es un sujeto incapacitado, que ha perdido toda potencia de autodeterminación. La fábrica, junto con la clínica y la cárcel cumplen las funciones de normalización de los cuerpos, su desestructuración en partículas individuales y gestionables.

El trabajo esconde una lógica de segregación, propia de la forma moderna de la existencia. El apartheid no es sólo expresión de un racismo, manifiesta también una segregación por capacidades creativas, apropiables y rentables en la valorización del valor. El imperio del trabajo esconde una lógica segregacionista, expresada entre la ocupación y el desempleo (que afianza el racismo y el sexismo, porque la mayor tasa de desocupación la tienen los habitantes de las periferias, los indígenas, los negros y, en todo el mundo, las mujeres). El fetiche del trabajo esconde tres grandes procesos: 1) criterios de clasificación social, no sólo por la ocupación o desocupación, sino por la calidad del estar ocupado (lo masculino y femenino, lo civilizado y lo salvaje, lo calificado y lo artesanal, etc.); 2) proyectos de gestión de poblaciones, movilizaciones masivas de personas para poder comportarse de manera correcta, es decir, trabajar y producir

riqueza; 3) diseño de los territorios, de sus vínculos estratégicos con la reproducción del capitalismo.

La sociedad de la competencia y el rendimiento separa, fragmenta y disloca lazos colectivos, memorias e historias. La sociedad del trabajo es la sociedad del tiempo vacío y homogéneo; es una sociedad contra la historia. La producción y consumo de valores de uso degradados horada sistemáticamente las formas históricas de existencia, porque les impone un modelo homogéneo.

No se puede defender el trabajo sin defender al mismo tiempo al capitalismo, son dos procesos indisolubles. El trabajo no es la vía para la emancipación, lejos está de ser el camino por el cual se logrará la liberación. La crisis del trabajo cataliza la lógica individualista del capitalismo, al *Do it yourself*, de la flexibilización laboral, de la lógica empresarial (ser el patrón y el trabajador uno mismo), se le suma el *Give more!* de la industria pornográfica. Ambas operaciones expresan el consumismo en un mundo de sobreproducción de valores de uso precarios.

La crisis del trabajo expresa la crisis civilizatoria, de doble nivel: cuantitativo, pero, sobre todo cualitativo, ya que afecta las maneras y los usos de las prácticas cotidianas, los sentidos y las certezas. La crisis del trabajo como parte de la crisis civilizatoria manifiesta una larga historia de las formas modernas de vida, no es un resultado imprevisto, es una relación que acompaña invariablemente al modo de producción capitalista y que produce resultados catastróficos.

La crisis no se resuelve, se gobierna, se administra por la fuerza policial o se incorpora *a la solución gelatinosa de de la síntesis capitalista* (Holloway). La inestabilidad, la descentralización y el anonimato fueron refuncionalizados dentro de la lógica del capital. La obediencia al mandato de trabajar no puede interrumpir nada, por muy creativa e innovadora que sea la manera en la que se le actualice, el trabajo es siempre trabajo. El capitalismo decadente fomenta el no-trabajo, fomenta el fin de las jerarquías productivas, la flexibilidad de tiempos y espacios, la no jerarquía que restituye la jerarquía; porque todo esto permite gestionar la crisis, convertir a los afectados en ejecutores de su propia afección.

2) *Lo no unívoco del no: la defensa de ocio*

El ocio no es un efecto de la crisis del capitalismo, es una posición política ante el trabajo. El ocio no se traduce como holgazanería absoluta, expresa la oposición de los quehaceres ante el trabajo abstracto. El ocio no es dejar de hacer, sino dejar de hacer a la manera capitalista; para organizar las actividades entorno a prácticas no productivas. El ocio permite superar la idea del rendimiento y la competencia, la eficiencia y la velocidad; el ocio es el hacer de la espera, pero con expectativa de futuro y consciencia de pasado. El ocio expresa el vínculo entre la dignidad y la política.

El principio del ocio es un NO, pero no hay forma universales de la negación; la dignidad que está detrás del NO manifiesta una forma concreta de hartazgo, de cultivo de la vida singular. El NO produce quehaceres inapropiados e inadecuados para la lógica del capital, no se soportan por su elasticidad y creatividad. El NO del quehacer de la dignidad es la operación que permite agrietar al

capitalismo, golpearlo en sus maneras de reproducirse, de organizarse, de articular las diferencias. Las grietas son formas singulares contra el capitalismo, contra su configuración en el Estado, contra la incorporación subjetiva y contra el dominio de la valorización del valor. La grieta abre un resquicio de luz, porque es el que se filtran los rayos de un mundo no capitalista.